

¿QUIÉNES SOMOS?

Poco después del Gran Chasco de 1844, el grupo que llegaría a ser la Iglesia Adventista del Séptimo Día, muy bien podrían caber juntos en una sala, o en el recibidor de una casa contemporánea.

En 1863, cuando la iglesia se organizó oficialmente, contaba apenas con 3,500 miembros registrados.

Pero para el 2006, la membresía mundial de la Iglesia se aproxima a los 15 millones, y está creciendo a un promedio de un millón de miembros por año.

Este asombroso crecimiento es, por supuesto, digno de celebrarse. Es la medida del éxito de los llamados por Dios en su esfuerzo por ganar a otros para Cristo y su verdad en el tiempo del fin. Y, aunque también es cierto que los Adventistas del Séptimo Día son una denominación oficialmente organizada, jamás se han considerado a sí mismos “una iglesia más”. Todo lo contrario, se consideran un “movimiento”: un pueblo del cual Dios no solo profetizó su existencia, sino que cuando llegó el tiempo preciso, los llamó a que salieran de la confusa Babilonia formada por otras iglesias para presentar su último mensaje al mundo.

Como el antiguo Israel, los adventistas están convencidos que ellos son un pueblo especialmente escogido por Dios. Pero también saben que ser escogidos no quiere

decir que son espiritualmente superiores a otros. Más bien, se dan cuenta que ser escogidos significa tener un mensaje único y urgente que dar al mundo. Único, porque ningún otro pueblo sobre la tierra posee un sistema de verdades tan completo. Urgente, porque el tiempo se acaba, y la venida de Jesús ya está a las puertas.

Si bien nuestro crecimiento asombroso por décadas es una buena razón para estar contentos y agradecidos, no es menos cierto que un crecimiento sin objetivos, puede llevarnos al desastre. Cualquier médico le dirá que el cáncer, por definición, es la multiplicación desorganizada y caótica de las células.

Así, pues, a través de nuestra historia hemos tenido que organizarnos y reorganizarnos una y otra vez. Y antes que nuestra misión sobre la tierra termine al venir Jesús por segunda vez, veremos aun más cambios en nuestra organización y métodos de evangelización como iglesia. Por cierto, la forma en que nos organizamos en 1863, cuando teníamos sólo 3,500 miembros, es obsoleta ahora. Y lo es más hoy, porque ya formamos una legión que se acerca a los 15 millones de miembros en el mundo.

Por tanto, mientras la iglesia crecía, sus líderes se dieron cuenta que a fin de ser más efectivos en realizar la misión que Dios nos encargó, necesitábamos organizar el trabajo en unidades geográficamente más pequeñas. Al principio, existía sólo la Asociación General, sede central de la iglesia mundial. Ciertos estados y áreas más pequeñas tenían también sus asociaciones "locales". Al expandirse

la Iglesia en forma rápida, los líderes se dieron cuenta que sería más efectivo agrupar varias asociaciones en lo que posteriormente se llamarían “uniones”. Esto se hizo en el año 1901.

Hoy, contamos con los siguientes estratos administrativos en la organización de la iglesia:

- La iglesia local
- La asociación
- La unión
- La división
- La Asociación General

Las Divisiones, que pueden abarcar un continente entero, partes de un continente, o un grupo de islas, son “ramas”, por así decirlo, de la Asociación General, en sus respectivas áreas del mundo. Las Divisiones no están separadas, o constituyen niveles independientes de la organización general de la iglesia; más bien, son la Asociación General que opera en esa área del mundo. Actualmente, la iglesia mundial tiene trece divisiones en todo el mundo:

- División del África Central Oriental.
- División del África Central Occidental
- División Euroafricana.
- División Interamericana.
- División Norteamericana.
- División del Pacífico y del Norte de Asia
- División del Pacífico y del Sur de Asia
- División Sudamericana.

- División del Pacífico Sur.
- División del Sur de África y del Océano Índico.
- División del Sur de Asia.
- División Transeuropea.
- División Euroasiática.

Dentro de cada una de estas divisiones se hallan las uniones, asociaciones locales y misiones. La División Norteamericana, por ejemplo, tiene nueve uniones-asociaciones, cada una de las cuales abarca varios estados, o parte de algunos estados, lo que en Canadá se les llama provincias.

Cada “nivel” de nuestra iglesia existe para servir a otras entidades dentro de su territorio, a fin de proveer recursos, dirección, entrenamiento y motivación espiritual para cada entidad. Cada entidad –o nivel– de la estructura de la iglesia deriva su autoridad de la voluntad colectiva y representativa de sus constituyentes –o miembros– de cada área geográfica. Los distintos niveles de la organización de la iglesia son mutuamente responsables ante el otro para el cumplimiento de sus objetivos, ya sea a nivel de iglesia local, asociación o unión.

Por ejemplo, las iglesias de una asociación dada, son responsables ante sus constituyentes respectivos dentro de esa asociación, y existen por determinación de ellos. Así también los delegados a una reunión regularmente programada de la asamblea constituyente en una asociación dada, tienen al liderazgo y a la junta directiva

como responsables ante ellos, de allí que las iglesias individualmente de una asociación han de responder ante la voluntad colectiva de todas las iglesias de la misma.

Como adventista, usted ya está bien informado de la estructura de nuestra Iglesia; así que no es necesario dedicar todo el capítulo para hacer una lista de cada unión y asociación local en todo el mundo, o referir la historia y el papel de cada organización en sus áreas respectivas a lo largo y ancho del planeta. Usted puede fácilmente hallar esa información en el Libro de Estadísticas Anual o en la Enciclopedia Adventista, ya sea en la edición impresa o en la edición en línea mediante la Internet.

Pero –y aquí hay un hecho importante que hay que subrayar en nuestra discusión–, usted puede sentirse orgulloso de lo siguiente: que así como un ejército está bien organizado para cumplir su misión, ¡también lo está su Iglesia! Usted pertenece a una iglesia que hace lo mejor para ser eficiente y producir los máximos resultados. En este caso, los logros no son las ingentes ganancias económicas de los accionistas, o los éxitos militares. Los resultados que realmente buscamos son traer a cada ser humano de esta tierra a los pies de Jesús: la Verdad, y a las verdades del tiempo del fin.

Al asistir a su iglesia local, puede también estar seguro que forma parte de un movimiento mundial, que tiene hermanos y hermanas por millones alrededor del mundo, quienes creen y comparten la misma fe y visión de una “obra terminada”, y la esperanza del pronto regreso de Cristo.

Si bien la iglesia comenzó en Norteamérica, sus miembros y líderes, desde el principio, percibieron una visión global de llevar a todo el mundo el mensaje de Dios para estos últimos días.

En 1874, J.N. Andrews dejó los Estados Unidos y viajó a Suiza, como el primer misionero al extranjero de nuestra iglesia. Pronto, otros misioneros adventistas empezaron a salir para servir en otras regiones, naciones y países del mundo cada año. Al principio eran pocos, pero muy pronto una ola de hombres y mujeres zarparon hacia otras tierras, a fin de proclamar el evangelio eterno a otras naciones.

He aquí algunos de los primeros misioneros que siguieron las huellas de J.N. Andrews, muchos de ellos acompañados por sus familias:

1874: J. N. Andrews, A. Vuilleumier, a Suiza

1875: James Erzenberger a Alemania

1875: Daniel T. Bordeau a Suiza

1876: Daniel T. Bordeau a Francia

1877: J. G. Matteson a Noruega

1877: William Ings y su esposa a Suiza

1878: J. N. Loughborough a Inglaterra

1878: Maud Sisley a Inglaterra

1879: El Sr. J. P. Jasperson y su esposa a Noruega.

Desde 1880, el número de misioneros creció rápidamente cada año, de tal suerte que docenas de ellos salían para servir allende el mar cada año.

Australia, las Indias Occidentales, la India, Trinidad, Centroamérica, Sudamérica, Sudáfrica, Nueva Zelanda, las Islas Hawaii, México y la Polinesia rápidamente recibían a los misioneros Adventistas del Séptimo Día, y la tierra prácticamente era circundada por ellos.

Hoy, virtualmente, no hay país –ningún rincón remoto de la tierra– donde la obra de la iglesia no haya penetrado. Quizás no hay otra iglesia sobre la tierra que sea realmente una iglesia global como la nuestra.

Es cierto, por supuesto, que el impulso misionero y evangelístico –el progreso hacia una “obra concluida”– no es idealmente uniforme alrededor del mundo. En algunas áreas, el remanente está creciendo como un fuego salvaje alentado por el viento. Tan explosivo es el crecimiento, que bautismos masivos tienen lugar en gigantescas piscinas: el índice de formación de nuevas iglesias es asombroso.

Pero, indudablemente, en otras partes del mundo, la apatía laodicense todavía persiste. La riqueza, la comodidad, el exceso de trabajo, y las distracciones entretienen a la gente y conspiran a fin de adormecer a los miembros de la iglesia, llevándolos al letargo y a la inacción. Y si su “primer amor” se ha enfriado, y ya no recuerdan por qué son adventistas, entonces no tienen ni el interés ni la motivación para compartir su fe con otros.

Pero la buena noticia es que en el tiempo del fin, la lluvia tardía del Espíritu Santo será derramada sobre la iglesia mundial, infundiendo nueva pasión, energía y visión clara a la iglesia. Esto creará un deseo irresistible en los miembros

de la iglesia de ganar a otros para Cristo, porque habrán renovado su amor, su pacto y su relación con su Señor.

Cuando ese tiempo llegue, el crecimiento de la iglesia será uniforme y rápido y a escala mundial. El evangelismo será en verdad mundial. Y se llevará a cabo no solamente mediante reuniones públicas, sino mediante un ejército de laicos encendidos de pasión por el fuego del Espíritu. El amor es la fuerza más poderosa del universo. Y cuando llegue a ser la poderosa fuerza motivadora de los verdaderos seguidores de Dios en los días finales, el mundo entero será confrontado con la última y eterna decisión: la lealtad a Dios y a su verdad, o la lealtad al enemigo, primordialmente en la forma de servir al YO.

Alcance mundial

Al considerar el alcance mundial del ministerio de la Iglesia, piense de nuevo en las múltiples maneras en que la iglesia toca la vida de la gente. Es alentador saber que alrededor del mundo los adventistas son cristianos activos, ocupados y comprometidos. Su intensa actividad asume formas como las siguientes:

EVANGELISMO. Mediante el evangelismo público (principalmente vía satélite en los años recientes, a fin de alcanzar a la mayor audiencia), estudios bíblicos, distribución masiva de literatura, la radio, la televisión, seminarios de salud y otras avenidas disponibles, ganamos a nuestros vecinos y amigos al compartir con ellos el evangelio, las buenas nuevas de salvación en Cristo Jesús.

EDUCACIÓN. Los adventistas del séptimo día operan cerca de 6,000 escuelas alrededor del mundo: desde los niveles elementales hasta colegios y universidades.

SALUD Y ATENCIÓN MÉDICA. Más de 500 hospitales, sanatorios, clínicas y dispensarios se hallan distribuidos alrededor del mundo.

AYUDA EN CASOS DE DESASTRES Y ESCASEZ. Mediante los esfuerzos de la Agencia Adventista de Desarrollo y Recursos Asistenciales (ADRA), nuestra iglesia es capaz de responder rápidamente ante los desastres en cualquier parte del mundo mediante el suministro de alimentos, ropa y medicina. Además, ADRA lleva adelante un programa continuo de ayuda para combatir el hambre y la escasez en zonas del mundo azotadas por la sequía y otras crisis.

SERVICIO COMUNITARIO. Muchas iglesias adventistas operan en forma local a través de Centros de Servicio Comunitario dirigidos por miembros voluntarios, que atienden a los necesitados y a los que están sin hogar en sus respectivas comunidades.

PUBLICACIONES. Con cerca de 60 casas publicadoras alrededor del mundo, los Adventistas del Séptimo Día están totalmente comprometidos en compartir las buenas nuevas acerca de Dios mediante la página impresa.

COMUNICACIÓN. Los adventistas están entre los primeros en llevar el evangelio de Jesucristo mediante la radio y la televisión. Tenemos programas tales como “La Voz de la Esperanza”, “Una Luz en el Camino” y “Así Está

170 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

Escrito”, que alcanzan a millones alrededor del mundo.

Es maravilloso saber que somos una iglesia creciente y vigorosa, una iglesia organizada, una familia mundial. Pero debemos estar en guardia. Después de todo, la séptima y última iglesia del Apocalipsis es Laodicea.

“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto:

Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete. He aquí yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apoc. 3:14–20).

¿Contra qué necesitamos estar en guardia? Contra una experiencia de tibieza espiritual. Esa puede ser una trampa, y que puede tener lugar cuando nuestra conexión personal con Jesús decrece. Puede tener lugar cuando llegamos a estar tan ocupados en mil asuntos, que olvidamos seguir invirtiendo tiempo en nuestra relación con él.

¿Contra qué más debemos estar vigilantes? Contra

la suficiencia propia. El creer que todo está bien, cuando no es así. Y eso puede ser cierto tanto en nuestro andar cristiano personal, y en la forma en que juntos trabajamos como iglesia. Las iglesias también pueden llegar a la autosuficiencia, al depender de sus programas, planes, presupuestos y organización, en lugar de depender de la Fuente real de poder: el Espíritu Santo.

Pero el mensaje a Laodicea dice que podemos arrepentirnos. Podemos buscar el oro de Dios, las vestiduras blancas y el colirio, o sea su justicia, su amor y su Espíritu. Dice también que podemos invitarle a entrar, pues está tocando a la puerta de nuestro corazón.

Imagínese, dejar a Jesús de pie ante nuestra puerta sin siquiera preguntar quién es. Corremos el riesgo de hacer eso, tanto en forma personal, como en forma corporativa, como iglesia.

Así, mientras pensamos acerca de lo que significa ser parte del remanente, mientras reflexionamos sobre qué significa ser un adventista del séptimo día, tomemos en serio el diagnóstico que Dios hace de las enfermedades que padece Laodicea. Pues, todos y cada uno de nosotros, somos Laodicea.

En las aulas escolares, los consagrados profesores esperan que de cada clase que imparten, los estudiantes lleven consigo a casa a lo menos un pensamiento importante: el tema principal de la clase. Este libro también tiene un mensaje para “llevar a casa”. Éste es el mensaje: Usted es parte de algo GRANDE, algo que va a sacudir la tierra por

su importancia, algo que es de mucha mayor prioridad que cualquier cosa que haya visto u oído en las noticias de televisión por cable. Usted es parte de una cadena irrompible de fieles de Dios desde el Edén perdido hasta el Edén restaurado. Usted tiene un papel especial que jugar en el contexto universal. Dios lo necesita, quiere que descubra y use los dones espirituales que él le ha dado. Él necesita que desarrolle una pasión por los que no le conocen, como usted le conoce. Él desea que esté disponible para su servicio cada día que pasa, de tal manera que él pueda alcanzar a otros mediante su participación. Dios necesita que usted sea su voz, sus manos, su presencia para los que están engañados con las mentiras de Satanás acerca de Dios. Él necesita que usted diga la verdad acerca de quién realmente es él. Dios necesita que por su intermedio, él pueda derramar su amor sobre otras personas. Él necesita que le permita vivir en su vida, de tal manera que otros puedan ver su carácter de amor de cerca ¡“y en forma personal”!

Nuestra identidad

En nuestro viaje a través de la vida, todos luchamos con la gran cuestión de nuestra identidad personal: “¿Quién soy?” A veces confundimos nuestra identidad con lo que hacemos, con lo que logramos, o con lo que otros piensan acerca de nosotros. Pero usted es único. Yo soy único. Todos somos únicos, Por lo tanto, es importante descubrir quiénes realmente somos, independientemente de nuestro trabajo, de nuestros roles en la vida, e inclusive de las opiniones de otros

acerca de nosotros.

Si usted es un Adventista del Séptimo Día, también va a batallar con otra gran cuestión de identidad. No de identidad personal, sino de nuestra identidad corporativa. “¿Quiénes somos?”

¿Quién es un Adventista? ¿Para qué estamos aquí? ¿Por qué existimos?

La Enciclopedia Americana de las Religiones informa sobre lo que creen 1,588 denominaciones o grupos de creyentes en los Estados Unidos. Y la Enciclopedia del Mundo Cristiano identifica a 10,000 religiones distintas en el mundo. Solamente una de ellas, el Cristianismo, incluye 33,830 diferentes denominaciones alrededor del mundo.

Así, pues, como adventistas, somos una de esas miles de iglesias y denominaciones sobre la tierra. De esta iglesia, ¿se puede decir que tiene algo especial? ¿Somos verdaderamente un remanente, o todavía estoy entre los engañados y perdidos por las falsas doctrinas de Babilonia? ¿Somos en verdad un movimiento con destino, con un mensaje urgente que dar a un mundo que está llegando a su fin?

Es cierto que los adventistas a veces nos distraemos. A veces nos desenfocamos. Terminamos descarrilados por momentos y caemos en discusiones acerca de las doctrinas o las normas de la iglesia; o si el don de profecía es en verdad todavía relevante. Vemos que el gran enemigo no nos deja solos. El diablo ataca a los matrimonios adventistas, a las escuelas adventistas, a las instituciones y a hasta los líderes adventistas.

Pero, amigo, aun cuando el diablo esté haciendo lo peor, Dios también está haciendo lo mejor. Y todavía hemos de ver el poder de la anunciada lluvia tardía: el poderoso derramamiento del Espíritu de Dios. La lluvia tardía proveerá de poder al pueblo de Dios, un poder pentecostal sin precedentes para testificar; pero ese poder no lo transformará a la imagen de Jesús.

Apocalipsis, en el capítulo 7, nos dice que en el tiempo del fin, el pueblo de Dios recibirá el “sello de Dios”: “Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios” (Apoc. 7:2,3).

Frentes: mentes corazones. Los que reciben la señal de Dios han afirmado su lealtad a él y a su verdad que no pueden ser más desplazados, su compromiso con Dios es irreversible. Han logrado un nivel en su caminar cristiano, donde preferirían morir antes que escoger de nuevo su propio camino de perdición.

Este proceso de “estar arraigados” es continuo y gradual. Toma tiempo. Quizás años o aun décadas. Para algunos, puede ser rápido, para otros, no tan rápido. Este proceso de estar firmes en la verdad es quizás algo así como: despacio pero gradual. Como el concreto recientemente “vaciado”, eventualmente, se solidifica y endurece. Ese proceso de endurecimiento no puede revertirse.

Una vez que el pueblo de Dios se haya consolidado en la verdad —en su irreversible lealtad a su Dios—, luego entonces... finalmente, ENTONCES, Dios derramará su Santo Espíritu sobre ellos con poder ilimitado, para hacer posible la rápida terminación de la obra que Dios ha encomendado a sus mensajeros, a su remanente.

Mostrando y hablando

Y cuando los que forman el pueblo de Dios testifican —cuando comparten su fe—, son más que pregoneros. Así como un buen maestro de caligrafía enfatiza que es mejor lo que se ve que lo que se dice en cualquier ocasión, la testificación motivada por el Espíritu, es más que compartir información, aunque puede incluir eso. Lo importante de la testificación del pueblo de Dios, sin embargo, no es lo que otros les oyen decir, sino lo que otros ven en cuanto a lo que son y su manera de vivir.

Al fin y al cabo, el pueblo de Dios mostrará en su vida cuánto poder tiene Dios para cambiar a los seres humanos, cuando éstos le invitan en forma irrestricta a que lo haga. El pueblo de Dios demostrará cómo Jesús pudo obedecer a su Padre al depender del poder divino, que son hijos e hijas del reino celestial. De esta manera, todo seguidor de Dios puede hacer lo mismo hoy, si depende del poder de lo alto como lo hizo Jesús.

Dios está más que deseoso de concluir este gran conflicto y acabar con todas las miserias de la humanidad. Es tiempo de que la falsa acusación de Satanás de que Dios ha diseñado

una ley que no se puede cumplir (la excusa de su propia rebelión), debe rechazarse completamente. Aquí en la tierra ya queremos que el conflicto termine. Si esto es cierto, dispongámonos a ser plenamente transformados y usados por Dios cada día, permitiéndole que nos santifique hasta que seamos sellados para siempre como suyos, entonces podremos contribuir al pronto regreso de nuestro Salvador y Señor.

En algunas partes del mundo, la obra de la Iglesia es avasalladora, toca a las personas como un fuego descontrolado en un campo de pasto seco. Uno podría sospechar, sin equivocarse, que la lluvia tardía está comenzando a caer. En otros lugares, por contraste, las cosas son mucho más lentas.

Pero pronto las cosas van a cambiar.

La evidencia de lo que está pasando en el mundo que nos rodea debiera ser un llamado a despertar. El ambiente está saturándose de muerte. Tanto la libertad como la seguridad parecen estar bajo amenaza dondequiera. Las huellas de una devastación orquestada por el diablo circundan el globo. Todo apunta hacia algo extraordinario que va a sacudir a la tierra, y que va a poner todos los encabezados periodísticos en primera plana.

Nos quedaríamos mudos si realmente supiéramos cuán poco tiempo nos queda. Pronto la confrontación final entre el bien y el mal dominará todo. Y el remanente, los escogidos, los leales seguidores de Dios estarán en el centro del escenario cuando esto suceda. Porque en la última actuación del drama, Dios echará mano de sus Noés, sus Davides y sus Luteross.

¿Qué debiéramos estar haciendo ahora cuando el fin de todo se acerca? La respuesta, probablemente, es mucho más fácil si ha estado enamorado alguna vez. Quizás haya conocido el amor de un padre, de un niño, de un hermano, de una hermana o de un amigo. O quizás haya conocido el amor romántico, o el amor conyugal.

Si alguna vez experimentó lo profundo, lo hondo del amor, sabe que haría cualquier cosa por la persona amada. También sabe que uno de los más grandes placeres es decir a otros cuán maravillosa es la persona amada.

¿Qué deberíamos estar haciendo ahora? Mientras esperamos el cierre de esta gran controversia, ¿en qué deberíamos ocuparnos?

Lea nuevamente el penúltimo párrafo. Si está enamorado de Jesucristo, hará cualquier cosa por él. Estará deseoso de hacer las cosas que sabe que a él le agradan. Él quiere, sobre todo, que muestre a otros cómo es él, al permitirle vivir su vida en la suya. A veces le pedirá que comparta lo que sabe de su verdad. Él aun puede darle un don especial para la enseñanza, para la predicación o el don de compartir. Pero lo que necesita realmente de cada Adventista del Séptimo Día —y lo necesita hoy— es que cada uno de nosotros se convierta en un canal de amor y bendición para otros. Él quiere que vivamos y reflejemos su carácter tan claramente que a otros les sea imposible negarlo. Urgentemente necesita agentes humanos mediante los cuales él pueda mostrar a otros ¡cómo realmente es él! Jesús va a atraer a los rebeldes cuando éstos vean su amor manifestado de cerca.

Cuando nos enamoremos de Cristo, no seremos tímidos, ni nos dará miedo hablar a otros de Cristo. Sí, es cierto, tenemos muchas verdades que compartir con la gente. Pero nuestra misión primordial es traerlos a que conozcan y amen al mismo Salvador que nosotros conocemos y amamos. Una vez que lo conozcan y amen, el convencerlos acerca de las verdades de los últimos días, no será más ningún problema.

Los incontables fieles y leales desde el tiempo de Adán hasta los primeros años del siglo XXI se mantuvieron firmes por el Dios que amaban. No vacilaron respecto a la verdad, no contemporizaron con el error, ni aun para salvar sus vidas.

Algún día, muy pronto –indudablemente más pronto de lo que pensamos–, los Adventistas del Séptimo Día tendrán el privilegio de encontrar “en el más allá” a los leales que nos precedieron. Les pediremos que compartan con nosotros lo que significó para ellos mantenerse firmes de parte de Aquél a quien amaban. Y, seguramente, querrán saber lo que él significó para nosotros.

¿Existe, en verdad, una razón válida para permanecer por más tiempo en este mundo de miseria?

¿Qué le parece si decidimos darlo todo para terminar la misión que Dios nos ha encomendado?

¿Qué le parece si vamos a casa ya?

*Dios ha tenido siempre un pueblo fiel y leal
–los llamados, los escogidos–, y todavía tiene un
pueblo especial hoy.*